

La cabaña de fotinias

en la antigua Escuela Infantil Municipal Pescallunes de Sant Feliu de Pallerols

Eva Sargatal Danés

Maestra de la Escuela Infantil Municipal Petits Pescallunes de Sant Feliu de Pallerols

La naturaleza forma parte de nuestra manera de hacer y de entender la escuela de los más pequeños. La naturaleza está presente en nuestro jardín; de la misma manera que también forma parte de los espacios interiores; de cada rincón, de cada pared. Y esto se refleja en nuestro proyecto educativo, pero sobre todo, en el día a día de los niños en la escuela infantil.

Creemos firmemente que el espacio exterior es una de las cartas de presentación de una escuela y de su proyecto, enseña a todo el que quiere entrar, como somos, habla de quién vive y cómo vive. Los espacios y recursos que se ofrecen son un espejo de los valores, la filosofía, las concepciones de enseñar y aprender del equipo educativo.

Y la cabaña de fotinias... es uno de los recuerdos más bonitos que nos queda de la antigua escuela infantil Pescallunes...

Todo comenzó alrededor de 2006 cuando empezamos un proyecto sobre los espacios exteriores. Queríamos repensar el jardín que teníamos; ya que creemos que era lo suficientemente rico, pero poco aprovechado.

A lo largo de los últimos años, habíamos ido enriqueciendo los espacios exteriores con diferentes espacios y materiales y a partir de la observación, fuimos planificando nuevos espacios que pudieran atender todas las demandas detectadas.

Y poco a poco fuimos construyendo ese nuevo jardín que habíamos soñado: lugares para trepar, troncos para saltar, un lugar donde mecerse y un banco donde reposar; desde espacios para el movimiento hasta rincones para el relax y los encuentros; una montaña de arena donde poder imaginar y crear, también lugares para esconderse...

Y la cabaña nos ofrecía esta posibilidad: estar y no estar, un lugar desde donde "espiar el mundo".

Rápidamente tuvimos clara la ubicación en un espacio rinconero bastante alejado de la puerta de acceso al jardín. Un lugar que no fuera demasiado cerca de todo, un lugar que permitiera alejarse a quien lo necesitara.

Tener una cabaña no nos llevó demasiado tiempo. La construcción la hicimos las maestras, junto a los niños. Atamos ramas de castaño a la verja que tapamos con tejido de brezo. El jardinero nos plantó cuatro fotinias, dejando lo que sería la puerta de entrada en medio.

La naturaleza hizo el resto y llegando la primavera las fotinias ya tenían ese color rojo intenso de las hojas que hacía nuestra cabaña el lugar más atractivo de todo el jardín.

Y como no, los niños lo detectaron y pasaban allí largas horas esperando que aquel rinconcito se convirtiera en un espacio secreto y bien escondido cuando los arbustos fueron creciendo y tomando forma. Los niños ya se la habían hecho suya y podíamos observar los primeros momentos de encuentros; recién estrenada ya era refugio para muchos.

En pocos meses la cabaña era un lugar secreto donde a menudo oíamos el ruido de los niños pero no se veía a nadie, ya estaba habitada...

En su interior se vivieron mil aventuras. Pudimos ser testigos de algunas historias, aunque, seguramente otras muchas quedarán en un rincón de la memoria de cada niño como su secreto.